
SAINT-JOHN PERSE

Un discurso sin culpa

Por Juan Carvajal

Desde el centro de una suntuosidad sin parangón en las letras, o de ese fragmento (segmento, corte) de historia que cada cual llama literatura universal, se eleva el canto de Perse hacia una celebración multitudinaria y radiosa por el grandor y el fragor de su magnitud, y que es, soberanamente, tratado de selección, acatamiento de dignidades y principalías y reconocimiento exclusivo de las obras maestras así en la naturaleza como en el arte: "Es del Rey de quien hablo / ornamento de nuestras vigiliass...". Pero este lenguaje altivo, cargado de significados suntuarios, pesado de ancestros y criatura de reinas, esplende en direcciones inusitadas, por callejuelas de oro o por grandes rutas aromadas de misterio, se expande por archipiélagos, continentes, razas y equinoccios, hasta encarnarse en una voz sin mácula para ser otra vez, desde ella, poesía de muchedumbres elevadas por la pureza de este canto, acta de nacimiento de grandes y levantamiento de astros entre los humildes. Grito exaltante del poeta entre los hombres. Poesía en voz alta contra la injuria del tiempo, mortal, y celebración del Tiempo como ámbito único donde acontecen las ceremonias de la luz y de la vida. Alabanza y canto. La poesía nace de la voz, dice Gorostiza. Esta poesía hablada, dicha, nos restituye a una inmensa oralidad, que aunque por ahora estuviere periclitada, en un sentido literal nada significaría, como nada significa que el Partenón haya (si hubiere) periclitado arquitectónicamente. Todas las obras, las humanas y no, cambian de lugar, de dimensión, animal que fue agua, hombre que fue animal, poema que fue hombre. Así esta lírica que mantiene los altos modos del relato según una retórica acabada, es ahora una perfecta prosa para siempre deslumbrante en cuanto ella está hecha, formulada, realizada en tanto poema, vuelta piedra en el umbral de la poesía.

El mundo como Texto, la cosa como cifra, toda acción como signo; partícula de un canto inmemorial otorgado al hombre desde un tiempo sin memoria. Si en términos de escritura poemática la poesía pérsica parece hoy accesible, no olvidemos que un día, poetas como Eliot, Rilke y Ungaretti, sus traductores, elaboradores a su vez nada simples, encontraron su captación difícil, oscura y aun "imposible". Su carácter de celebración totalizadora señala, a la vez que su naturaleza profundamente erótica, el perigeo de una curva de la sensibilidad histórico-poética; expresa una modificación semiótica esencial en las fuentes vivas del lenguaje, ese lenguaje que alcanzó en Saint-John Perse la más alta formulación en la lírica de la latinidad moderna y en más de un sentido, última. La totalidad de su obra, que se lee como un solo y extenso canto, es una expresión soberana de que la poesía más que un hacer, es un ser. Un verbo eterno, dicho. La poesía, no el poema. El poeta es personaje del poema pérsico en más de una dirección, no sólo como tema del canto, sino que está como fundido en él, como si el relato mismo fuera el relator verdadero, no el escriba: la escultura está dentro de la piedra. El poema da origen al poeta que engendra al poema: "¡El grito! ¡el grito penetrante del dios sobre nosotros!".